

EL INSTITUTO DE CIENCIAS NATURALES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Decoramos nuestras páginas con una vista panorámica del Museo de Zoología (obra en construcción) del Instituto, como homenaje a su director actual, doctor José Pablo Leyva, quien en esta época de crisis financieras y políticas, está dando alas y vida a esta fundación que iba camino del anquilosamiento.

En su primera época el Instituto se llamaba de Botánica, y estaba destinado al estudio de la flora. Su creación, dirección y fundamental desarrollo (incluido el primer edificio construido para sus servicios en la Ciudad Universitaria), fue obra del sacerdote, botánico y escritor Enrique Pérez Arbeláez, quien ha continuado en nuestra época las huellas del Padre José Celestino Mutis.

Al iniciarse lo que pudiéramos llamar segunda época del Instituto, recibió este organismo el título más amplio de Ciencias Naturales, para que en él pudieran caber, con propiedad, todas las ramas de la investigación de la naturaleza. Tal mudanza ocurrió al presentarse un cambio en la dirección, precisamente cuando el ilustre botánico español José Cuatrecasas fue nombrado para suceder al Padre Pérez Arbeláez. Si es verdad que fue fugaz el paso de Cuatrecasas por el Instituto, podemos decir que en cambio su obra sobre la flora y la geobotánica colombiana cubre densamente veintisiete años de sus dedicaciones científicas, sin otra retribución que el afecto muy grande que a él inspira nuestro país.

Al doctor Cuatrecasas lo sucedió el botánico y ornitólogo Armando Dugand, quien enalteció la investigación científica con sus obras sobre la flora y las aves, y dio, además, al Instituto, tres órganos de publicidad, a saber: la "Caldasia", la "Mutisia" y la "Lozania", revistas creadas para difusión de las investigaciones del Instituto y para homenaje, respectivamente, de tres próceres de la ciencia: Francisco José de Caldas, José Celestino Mutis y Jorge Tadeo Lozano. Fue, además, director de la primera escuela establecida en Colombia para la enseñanza de la botánica sistemática, y en la cual se formaron los siguientes especialistas: María Teresa Murillo, Alicia González, Daniel Mesa Bernal, Alvaro Fernández, Jesús M. Idrobo, Roberto Jaramillo y Juan Porras. El Padre Lorenzo Uribe S. J., distinguido por su modestia y sabiduría, a quien debemos entre otras muchas obras, una didáctica sobre Botánica y la realización del segundo tomo de la Flora de la Expedición Botánica, destinado a las Pasifloráceas, reemplazó al doctor Dugand.

Al Instituto de Botánica se habían trasladado, por invitación del Padre Pérez Arbeláez y aquiescencia del ministro de la Economía, doctor Jorge Gartner, —sin resolución ni decreto de ninguna clase—, los departamentos de entomología, fitopatología y botánica, que poco después formarían el Instituto de Biología Vegetal. Tales organismos tuvieron allí sus laboratorios y formaron sus colecciones. Sin embargo su inestabilidad era manifiesta a pesar de la hospitalidad prodigada por el Instituto, por no estar legalizada su situación. Para obviar en parte tal irregularidad, el jefe del departamento de entomología, señor Luis María Murillo, sugirió un nombre para el Instituto que fuera amplio como para cobijar todas las ramas de las ciencias naturales, y que permitiera servir adbonorem en la Universidad Nacional, a los funcionarios del Instituto de Biología del Ministerio, idea que fue aceptada, tal como antes quedó expresado.

El Instituto dependiente del Ministerio de la Economía había sido creado con los tres departamentos que ya hemos mencionado. Posteriormente, por acuerdo verbal de la universidad y del ministerio, los dos institutos, el de Ciencias Naturales y el de Biología, tuvieron una sola dirección y un solo subdirector que, durante mucho tiempo, fue el jefe del departamento de entomología.

Faltaba, sin embargo, un acuerdo escrito entre el Ministerio y la Universidad, falta que motivaría el desmoronamiento de ese magnífico conjunto de investigaciones, que dejó muchas pruebas de su eficiencia. Así, un día cualquiera, las dependencias del ministerio

tuvieron que salir sorpresivamente de la Ciudad Universitaria, con su personal sin tacha, sus laboratorios, sus colecciones y su prestigio, para la inhospitalaria granja de "La Picota", por solicitud del rector de la Universidad Nacional, quien se vio enfrentado a tal determinación, porque el edificio levantado por el Padre Pérez Arbeláez para las ciencias naturales se requería para alojamiento de una facultad... Y unas magníficas colecciones de insectos hechas en más de cien excursiones por todo el país, se perdieron después en una serie triste de pequeños episodios...

Después de este lamentable accidente, otro nuevo edificio se proyectó e inició, que se había venido levantando a pasos de tortuga, sin que su estructura contemplara realmente los intereses de todas las ramas de las ciencias naturales, cosa que no nos extrañaba, pues esas ocurrencias suelen ser comunes de todos los organismos complejos dirigidos por especialistas, ya que ellos parcializan sus actos, aun involuntariamente, en beneficio de su especialidad...

Esta consideración podría servir para señalar nuestra simpatía por la dirección actual del Instituto en esta tercera época. En efecto: es el director un médico de gran reputación científica, que conocíamos de hace más de veinte años, con virtudes excepcionales de organizador y clara visión de las ciencias naturales, pero sin especialización en ninguna de ellas, defecto que no aminora su condición, sino que le sirve para orientar el desarrollo equilibrado de todas, con la contribución de los científicos que colaboran con él en el Consejo Directivo, como el Padre Lorenzo Uribe y el doctor Daniel Mesa Bernal.

De esta suerte el instituto creado para el estudio exclusivo de la flora, fue sufriendo transformaciones que, en su actual etapa, le han dado orientación y proporciones que lo están convirtiendo en la dependencia más respetable de la Universidad Nacional, con sus departamentos de zoología, botánica, paleontología y geología etc. Su fábrica está equipándose con todas las dotaciones necesarias para su servicio, como biblioteca, laboratorios, sala de conferencias, aulas (porque ahora ya no será más una simulación el profesorado); oficinas privadas para los especialistas, departamentos para recibo de científicos visitantes etc. También tendrá, fuera del barbario, un museo de geología, mineralogía y paleontología, un museo de zoología y un jardín zoológico, que va realizándose con todos los detalles técnicos que una empresa tan delicada como esta, requiere. Recuerdo, por contraste, aquellos viejos tiempos, en que por los jardines del Instituto Botánico vagaban sin control, como en la selva, boas constrictor, venaditos, osos hormigueros, hulamanes, tigrillos, micos etc. más para peligro que como enseñanza...

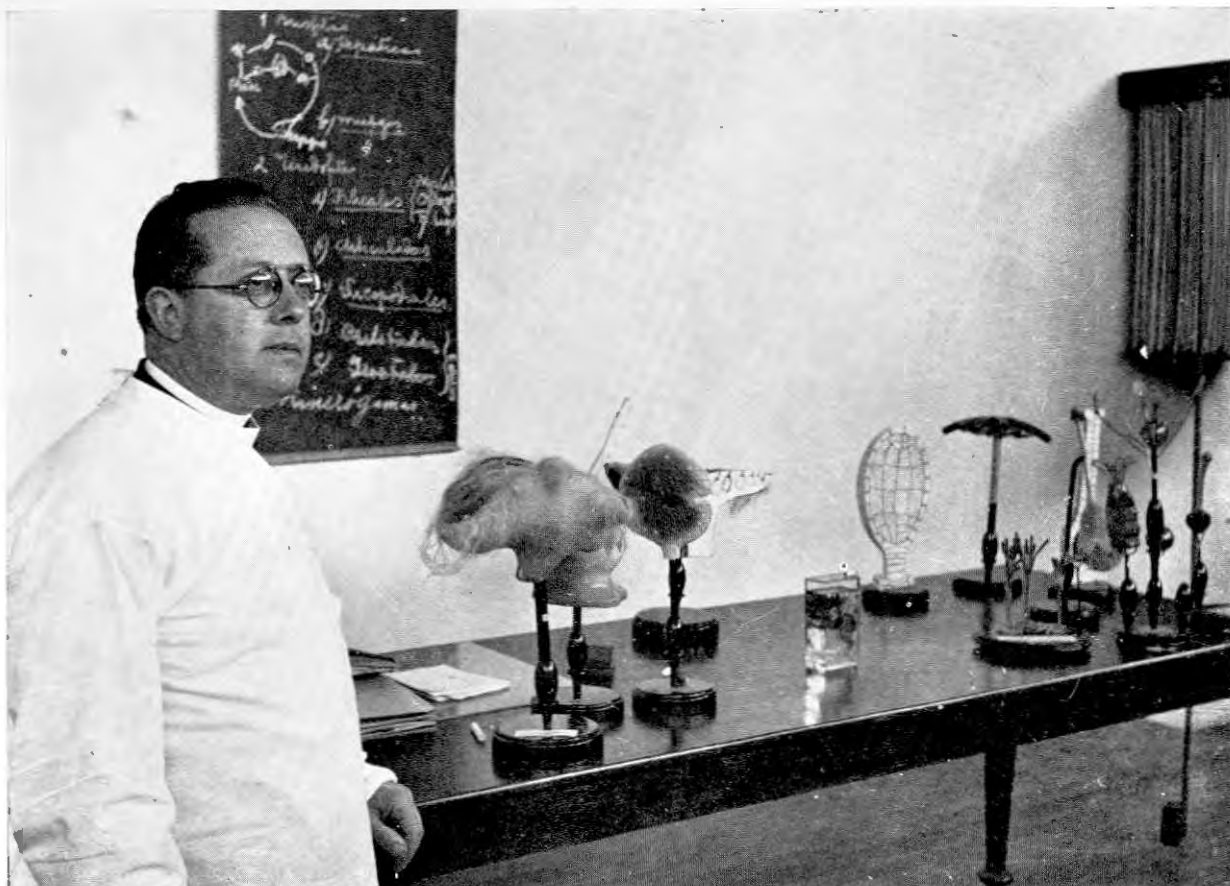
Pero hay, además, otros aspectos loables del Instituto, que merecen nuestra simpatía; tales son, por ejemplo, la ampliación de los servicios de investigación con un grupo de científicos idóneos para el estudio de la zoología, la geología y la paleontología, y otro de pintores y dibujantes que están reviviendo la obra iconográfica de la Expedición Botánica.

Finalmente debemos elogiar una actuación de noble contenido, cual es la de iniciar una reevaluación de la mujer como directa colaboradora en el campo de las investigaciones científicas, falta que nos había impulsado a escribir el siguiente comentario, en un número anterior de esta Revista:

Valdría saber si en la universidad la mujer goza de todos los fueros de su ciudadanía, o si, por el contrario, tal derecho se ha convertido en una simulación más de nuestra democracia. No basta que la mujer pueda estudiar en la universidad; es necesario que pueda volver a ella como profesora y como investigadora, sin reticencias. Nuestro ambiente hipersensual frecuentemente la circunscribe a actividades secundarias en donde toda importancia se vuelve valedera por el sexo, sin darnos cuenta de que ya el mundo tiene una tradición de mujeres célebres por su inteligencia, por sus conocimientos y sus trabajos científicos, y sin que esas disciplinas hubieran podido inhibir sus nobles atributos femeninos.

Como remate a esta nota sobre el Instituto de Ciencias, transcribimos dos capítulos que son ya pedazos de historia de la vida de las ciencias naturales en Colombia, escritos, respectivamente, por el entomólogo E. A. Cbapin y el botánico R. E. Schultes dos sabios investigadores científicos norteamericanos.

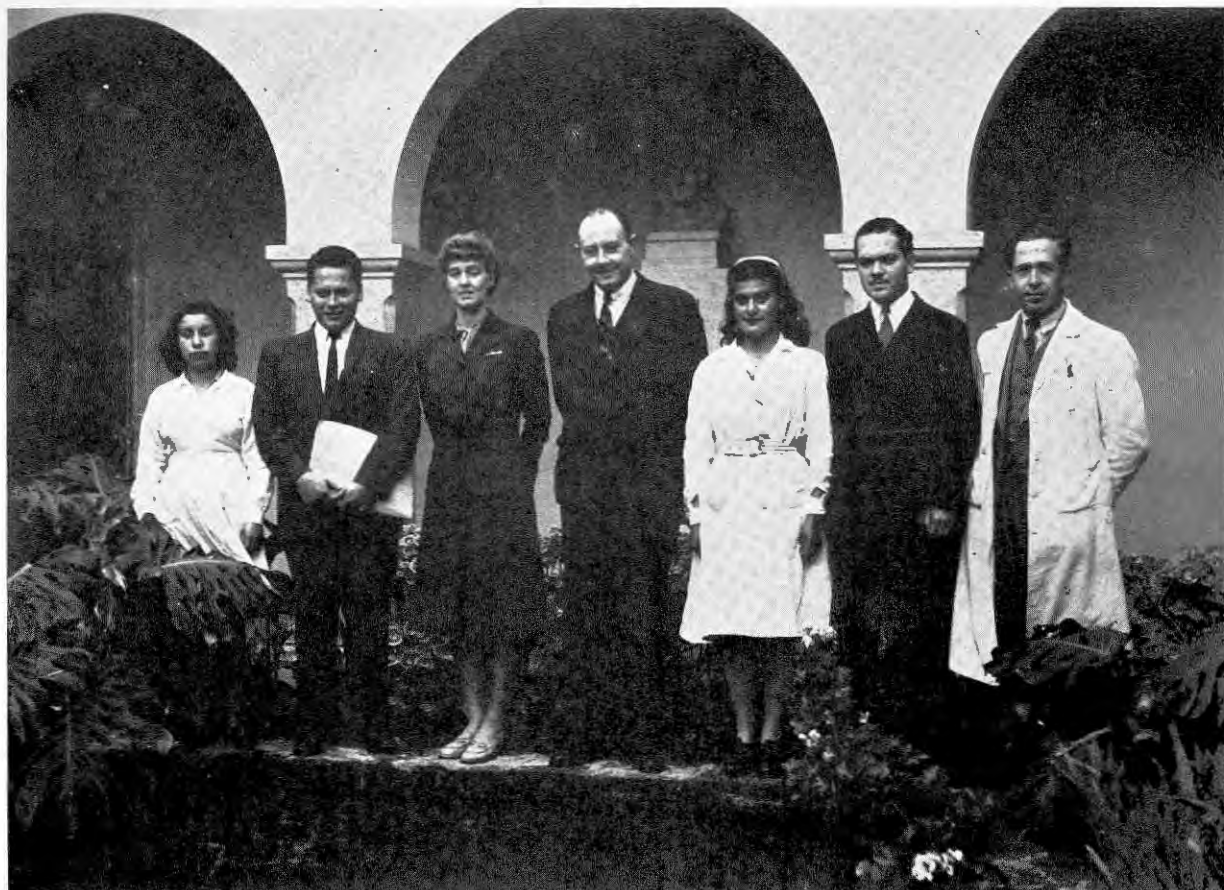
La Dirección



El Padre Pérez Arbeláez, creador del Instituto Botánico (llamado más tarde de Ciencias Naturales), cuando dictaba una de sus conferencias en el aula máxima de esa institución (1939).



El Dr. José Cuatrecasas y el subdirector del Instituto, Dn. Luis María Murillo, en la biblioteca del desaparecido Departamento Nacional de Entomología (1941).



El director del Instituto de Ciencias Naturales, Dr. Armando Dugand (1945), con algunos de sus discípulos del curso de botánica sistemática. De izquierda a derecha: Dña. Alicia González, Dn. Jesús M. Idrobo, Dña. Helen Schiefer (asistente), el director Dr. Armando Dugand, Dña. María Teresa Murillo, Dn. Alvaro Fernández y Dn. Roberto Jaramillo.



El Sr. Luis Ignacio Borrero, ornitólogo, en su gabinete de trabajo del Instituto de Ciencias (1941).